



Portada: Foto Luis Mejía

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 5. - Agosto, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRION

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIAN MANTILLA BACA

CONCEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRION
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano

Páez 118 y Patria

Telf: 232-029 / 232-030 /

232-031 / 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

La reforma de la institucionalidad social en el Ecuador **4**
DANIEL BADILLO Y JULIO ECHEVERRIA

Límites y alcances del regionalismo **14**
FELIPE BURBANO



Las negociaciones Ecuador-Perú: ¿luz al final del túnel? **21**
ADRIAN BONILLA

La amazonía ecuatoriana: colonia interna **28**
MARIA FERNANDA ESPINOSA

Para vivir la diversidad **35**
RAMON TORRES GALARZA

ACTUALIDAD

La muerte del animador o el día de la bestia **40**
MARCIA CEVALLOS

La autorregulación del periodismo: un reto impostergable **48**
JOSE LUIS EXENI

IDENTIDAD

Los sirio-libaneses en el espacio social ecuatoriano **62**
MONICA ALMEIDA

Entre el estereotipo y la realidad **84**
HERNAN REYES



¡No hay razones para dudar ser longo! **96**
SALOMON CUESTA

DIALOGOS

Discurso, poder e ideología: entrevista a Teun van Dijk **106**
SEBASTIAN MANTILLA

FRONTERAS

Octavio Paz: erotismo y amor **114**
CARLOS ARCOS C.

¿Quién le teme a Octavio Paz? **119**
MARIA L. MARTINEZ

ENSAYO

El umbral. Bataille y la experiencia del límite **122**
GALO CEVALLOS

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas: **140**
- Historia del siglo XX
- Pugna de poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano
- La otra cultura: imaginarios, mestizaje y modernización
- El fantasma del populismo

EL UMBRAL

(Bataille y la

experiencia
del límite)

¡Oh, ellos, los erguidos, no saben como está entretejida la muerte en sus ojos y en sus rostros, se niegan a saberlo, quieren solamente seguir jugando el juego de sus atractivos y de su complicación recíproca, el juego de su preparación al beso con los ojos loca y amablemente fijos en los ojos, y no saben que todo yacer para el amor es siempre también un yacer para la muerte!

Hermann Broch

El proceso de la historia es como un incendio, y la muerte equivale al límite positivo de esta trascendencia de una vida más allá de la vida.

Novalis

Por Galo Cevallos

Muchos se preguntarán quién es este hombre sobre el que se me ocurre hacer un corto ensayo. Tal vez baste con decir que Heidegger decía de él que era la cabeza más brillante de toda Francia. Tratar de hablar sobre un posible desconocido o un posible conocido y olvidado, me obligaría a presentarlo: *He aquí con ustedes...* un desconocido. Precisamente estoy anunciando a un ser paradigmático y, a la par, incognoscible: narrador, poeta, filósofo, ensayista, crítico, místico (ateo), antropólogo. ¿Quién es este inclasificable? ¿Quién es Georges Bataille? ¿Quién es este autor que ha sido la base fundamental de la experiencia filosófica de Michel Foucault? ¿Acaso el de sus martirios? ¿Acaso también eje para Derrida? ¿O inaugurador del lenguaje de Baudrillard?

No pretendo decir, menos aún describir a alguien que desconozco. Entonces me interpelarán y me acusarán de charlatán, de pre-

sentarme como el anunciador de un circo y de no ser sino el *payaso*. Sin embargo, lo que me anima a hablar del transgresor Bataille es precisamente lo que lo anima a hablar a él: *la experiencia*. El mejor acercamiento que uno puede tener al pensamiento de Bataille es a través de la experiencia, procurar sentir lo que este autor sintió al escribir.

Al leer a Bataille muchas veces sentí el trazo de su escritura en su escritura, sentí su pluma, la fuerza de su mano asentada en el papel; muchas veces el frenesí de sus argumentos me llevaron con él hacia los *límites*. Al enfrentamiento con el vacío. A la hilaridad profunda. Allá donde la obscuridad absorbe. A la NADA.

Se podría decir que la línea resquebrajada que en su ruptura articula el pensamiento de éste autor, se fundamenta en su comprensión sobre el *erotismo* y la *muerte*. Las reflexiones de Bataille alrededor de estos temas

no son por separado, sino en el vínculo estrecho que tienen.

La herencia que todo el pensamiento occidental debe al Marqués de Sade no le es ajena a Bataille; éste recoge precisamente los lugares donde la escritura del autor transgrede el orden clásico del pensamiento, del lenguaje, lo retoma desde la violencia de sus narraciones; de la muerte y de la sangre que delatan. En Bataille, la violencia ejerce la fuerza necesaria para llevarlo a hablar del erotismo.

El erotismo es un término que, como tal, ha sido común en el lenguaje cotidiano de la sexualidad. Así, el erotismo sería un movimiento sugerente, un develamiento lento, el amor en su sensualidad, la sexualidad en sus movimientos leves. Frente a esta insinuación, Bataille se levanta y plantea que el erotismo es precisamente lo contrario de la levedad de aquellas formas; o mejor, que las rebasa, que las lleva a su límite, que las transgrede: *el erotismo es la transgresión de lo prohibido*, es romper con los límites que nos impone la ley, el orden de las cosas y volcarlas en el desenfreno de la violencia y el mal; la única forma posible de rebasar los límites es rompiéndolos, resquebrajándolos, con la misma fuerza con que éstos son impuestos, para destruirlos pero, a su vez conservarlos (*Aufheben*). Si ellos no existen no hay qué transgredir, qué romper. Una vida sin límites sería una vida sin conciencia, sería como regresar a la animalidad total.

La diferencia notable que tiene el hombre con respecto al animal se establece en la conciencia que sobre la muerte el primero manifiesta, una conciencia que en la forma del trabajo, que ha sido el eje del desarrollo de su inteligencia, lo ha motivado a procurarse una existencia que distienda el momento de la ruptura con el orden de la vida, el mayor tiempo posible, que en lo posible lo difumine; que se aleje esa animalidad en la que la muerte no es pensada, sino vivida, experimentada. El hombre, en el preciso momento de intelectualizar la abstracción a la muerte, se escinde de su vivencia o, por lo menos, así lo intenta, a pesar de que ese será su final. La finalidad, en efecto, se ve mediada por el orden y la convivencia en la cultura, en la civilización y es el trabajo el gran organizador.

Es cuando el erotismo hace su aparición rompiendo las mediaciones impuestas sobre la vida; "es debido a que somos humanos y a que vivimos en la sombría perspectiva de la muerte, que conocemos la violencia exasperada, la violencia desesperada del erotismo" (1), y éste, en la historia, ha ido mostrando las distintas facetas violentas que lo caracterizan.

LASCAUX, LA MUERTE Y LA TRANSGRESIÓN

libres finalmente... ante la muerte

Nietzsche

Bataille rescata en su último libro (*Las Lágrimas de Eros*) una idea que ya la había planteado al hablar del nacimiento del arte, así como de las primeras manifestaciones del erotismo y de sus vínculos con la muerte. La retoma desde las dos posturas. Fue uno de los primeros hombres en ver las fotografías y luego directamente las famosas cuevas de Lascaux, que son los restos pictóricos



de los hombres del Paleolítico Superior. En este lugar resaltan la inmensa cantidad de pinturas rupestres que se encuentran. Mas para Bataille, la imagen más significativa resulta ser, aquella en la que se muestra una escena que no había sido resuelta interpretativamente, a pesar de las múltiples explicaciones que se habían propuesto. En la escena se encuentra un bisonte atravesado en su vientre por una lanza, lo que le ha ocasionado que sus entrañas se muestren saliendo de su cuerpo. Frente a este animal, un *hombre yace* sobre el piso con dos rasgos sorprendentes: el primero, es que lleva, al parecer, una máscara de pájaro, lo que hace suponer que el hombre tirado puede haber sido un shamán cazador; el segundo rasgo peculiar, es que el hombre muerto (por lo que evidencia la pintura), tiene el pene erecto. La primera idea sugerida por Bataille, es la importancia que tiene el trabajo en aquellas épocas, en las que comienza a cobrar forma, y sus relaciones con el arte. Aquellos

hombres primitivos o antropoides ya tenían conciencia clara, de que el orden que impone el trabajo sobre la vida de los seres, puede ser roto, fracturado por la realidad de la muerte. Sin embargo, más allá de lo que la muerte involucra sobre el trabajo, lo importante es constatar que este *homo sapiens*, empezaba desde el trabajo a manifestar un desorden en él mismo, éste desorden es el del arte como escisión del mundo de lo cotidiano, como su transgresión en el *juego* que involucra, pero que ha surgido desde él. Sí, precisamente el arte se muestra como el resultado del trabajo, pero ha surgido para desvirtuarlo, para romper con esa normatividad diaria y escindirle de ella.

Lo que muestra esta escisión del mundo del trabajo es, además, un hombre muerto con el pene erecto, un juego contradictorio: la muerte y su símbolo contrario, la vida, reflejada en lo que la engendra: un pene erecto. "El erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte". La muerte muestra el límite de la vida, y el erotismo se encarga de llevar esta vida a sus límites, es decir, a los lími-

tes con la muerte. Sin embargo, no la lleva para ser destruida, sino para ser afirmada en el punto donde ella decae, en el enfrentamiento con su destrucción no en la fuga que nos impone la conciencia que tenemos de ella, y de los esfuerzos que el trabajo muestra para evitarla, sino en el vivir "al borde del abismo", el saber que en el erotismo la vida está *puesta en juego*; la vida se muestra con sus límites, para ser transgredida. Mas ella no se termina, siente el vilo de su fin, pero su ser no hace sino manifestarse como inmanente.

Precisamente donde la NADA nos muestra la angustia que provoca, la vida se siente, se siente en su fin, en sus lindes con lo desconocido de una exterioridad violenta.

El erotismo no destruye, sino transgrede; no es la imagen de las narraciones de Sade (2) (todas ellas llevan a los individuos hasta la muerte misma, a la destrucción total del ser), sino la vivencia de la muerte; y la muerte para ser vivida tiene que ser puesta en el "orden" de ella misma, es

decir, que la vivencia de la muerte se nos presenta como un umbral, el *umbral* entre la vida y la muerte. A éste umbral nos aproxima el erotismo, el umbral del abismo, no la caída en él, sino la sensación de vacío que el acercarnos nos induce, es el arrastrarse del moribundo hacia las ventanas de la NADA de su muerte. *Las ventanas*, el poema de Mallarmé (3), nos figura la escena, el moribundo que deja todo atrás, los santos, el tiempo, el trabajo y se enfrenta ante el vacío insospechado de la NADA, que está detrás de las ventanas, su angustia envuelve el momento, el instante de una gran luz cegadora, que en el enceguecimiento muestra la obscuridad. Así, la luz es transgredida en la violencia de su destello, cuando ella no permite ver más que la obscuridad, del "paso (no) más allá" (Blanchot) de aquel umbral.

El erotismo es la transgresión del límite y la permanencia en él, es un ir y venir constante en el borde. No es un umbral que vislumbre el pasado, no es el paso hacia atrás; tampoco es la "luminosidad" del futuro esplendoroso, sino es el enfrentamien-

El erotismo no destruye, sino transgrede, no es la imagen de las narraciones de Sade, sino la vivencia de la muerte

to con el *umbral de la lateralidad*, es el des-bordamiento, la superación de los bordes del caudal del río del orden, es la abertura del Ser cerrado hacia los lados de la voluptuosidad, "esta violencia es el corazón de la muerte: ¡se abre en mí!", en la identidad "de la voluptuosidad y del delirio al horror sin límites" (4); nos balanceamos: un constante transgredir, un refluir de violaciones a lo prohibido. Bataille conjuga el eterno retorno nietzscheano con el antagonismo dialéctico. El hombre, cuando camina hacia los umbrales en la violencia del movimiento erótico, se abre a la nada y "la nada es para mí el límite del ser. Más allá de los límites definidos -en el tiempo, en el espacio- un ser ya no es. Este no-ser está para mí lleno de sentido: sé que me pueden *aniquilar*. El ser limitado no es más que un ser particular" (5) (...), que se separa del mundo de lo cotidiano al arrojar al vacío de la NADA, que lo hace trascender. "La trascendencia del ser es fundamentalmente esa nada", y es en esta misma medida que el ser capta la extensión de su existencia como hecho objetivo y lo vuelve a su vez inmanente. El gran salto hacia la trascendencia y su permanencia en ella como inmanencia del ser, solo puede darse en su continua transgresión de los límites que este ser, al no-ser, muestra.

"La transgresión es un gesto que concierne al límite; es allí en la delgadez de la línea, donde se manifiesta el relámpago de su paso, pero quizá también su trayectoria total, su origen mismo. La raya que ella cruza podría ser efectivamente todo su espacio. El juego de los límites y la transgresión parece estar regido por una sencilla obstinación: la transgresión salta y no deja de volver a empezar otra vez a saltar por encima de una línea que de inmediato, tras ella, se cierra en una ola de escasa memoria, retrocediendo así de nuevo hasta el horizonte de lo infranqueable. Pero este juego pone en juego muchos elementos más; los sitúa dentro de una incertidumbre, dentro de certidumbres de inmediato invertidas, donde el pensamiento se atranca rápidamente por querer captarlos" (6). Precisamente, la transgresión no cesa de empezar, retrocediendo hacia "el horizonte de lo infranqueable", es un

eterno retorno que nos atrapa como un imán en el borde mismo de la NADA, en la que la negación de lo prohibido en forma dialéctica lo reafirma. He ahí la conjunción de Nietzsche y de Hegel: el eterno retorno y el *Aufheben*, al borde de la nada. Este llevar o dejarse llevar por el movimiento erótico hacia los límites, no detienen al pensamiento; por el contrario, lo movilizan velozmente en el instante de su enfrentamiento con su negación; en este preciso momento, el pensamiento ha dejado de estar cerrado y se abre a la heterogeneidad.

La heterogeneidad trabaja *lo otro*, la *heterología*, la presunta "ciencia de lo otro"; presunta porque ni siquiera Bataille la trabaja así: la heterología trabaja sobre los desechos, los excrementos que el pensamiento no incorpora, o que los incorpora en el relegamiento, en la obscuridad en donde la "luminosidad" de su saber no toca; no la luminosidad del sol visto de frente, sino la "luminosidad" que se deshace de aquello que estando presente se oculta, a pesar, incluso, de su evidencia (7).

La ruptura con los lindes que no son ante-



riores ni posteriores, sino que están presentes en la figura de la prohibición como limitante del hombre (incluso podría afirmarse: y del ser), irrumpe como fragmentadora del muro de la lateralidad, a propósito del exceso desplegado en la voluptuosidad de los gestos; es desde allí que se puede afirmar que el pensamiento no está cerrado en un *continuum*, sino, desplegado y abierto en una negación constante que afirma negativamente su discontinuidad.

Me ahogo, la sensación de la caída al borde del todo, de la NADA, me asfixia por su intangibilidad. Las aguas desbordadas del río del orden me *arrastran* con ellas, ¿a dónde? No sé. Quizás a ningún lugar, a la NADA. Al no-saber. O a su borde. Borde entre el saber y el no-saber, entre la razón y la no-razón: *la locura*. Aquí el pensamiento continua, abriéndose, en la experiencia interior e incluso en lo más profundo de la caída, o de su sensación. El pensamiento en límite reflexiona su linde, como en las narraciones de Raibelais: el jolgorio y la reflexión sobre el universo. Precisamente donde todo es puesto en duda, en juego.

Ahora se preguntarán; ¿Qué es esa NADA? La nada es un vacío, un vacío que ha sido dejado por la muerte, por la muerte de un ser que nos mantenía expuestos a la experiencia con lo exterior, alejados de la experiencia unificada de lo interior y lo exterior. La ausencia de éste ser, Dios, nos ha llevado a la experiencia del vacío, pero en su refutación, ya no como exterioridad, sino como interioridad. La muerte de Dios nos conduce a la *experiencia interior*; ésta se halla fundamentada en lo que dice Bataille: "Dios es Nada", Dios es un gran vacío, ahora; o Dios es una prosti-

tuta: "Con las manos agarradas a la mesa, me volví hacia ella. Sentada frente a mí, mantenía una pierna levantada y abierta; para mostrar mejor la ranura estiraba la piel con sus manos. Los 'entresijos' de Edwarda me miraban, velludos y rosados, llenos de vida como un pulpo repugnante. Dije con voz entrecortada: *¿Por qué haces eso? Ya ves -dijo-, soy DIOS...*" (8). No hay reservas en un pensamiento del desorden, todo es legítimo para la transgresión, toda prohibición es deplorable. "Me explico: es vano tratar de hacer ironía cuando digo de Madame Edwarda que ella es DIOS. Pero el que DIOS sea una prostituta de burdel y una loca, no tiene sentido racional. En rigor, me alegra que mi tristeza provoque risa: *sólo me comprenderá aquel cuyo corazón esté herido de una llaga incurable tal que nadie querrá jamás sanar de ella... ¿y qué hombre herido acepta 'morir' de una herida que no fuera como esa?*" (9).

Ya lo dije: "incluso en lo más profundo de la caída.:

Foucault cree que en el pensamiento transgresor de Georges Bataille se ha anulado la dialéctica, él piensa que los planteamientos

de la filosofía del erotismo no manifiestan sus ideas a partir de oposiciones: "La transgresión no opone nada a nada, no hace que nada se deslice al juego de la chanza, no busca quebrantar la solidez de los fundamentos; no hace que resplandezca el otro lado del espejo más allá de la línea invisible e infranqueable. Porque, precisamente no es violencia en un mundo parcelado (en un mundo ético) ni triunfo sobre los límites que borra (*en un mundo dialéctico o revolucionario*), ella toma en





el corazón del límite la medida sin medida de la distancia que se abre en éste y dibuja el trazo fulgurante que lo hace ser”(10); e insiste: “Ningún movimiento *dialéctico*, ningún análisis de las constituciones y de su suelo trascendental pueden servir de ayuda para pensar semejante experiencia, ni siquiera el acceso a esta experiencia” (11). Bataille, por el contrario, como lo señalamos anteriormente, recupera el pensamiento dialéctico, lo pone en práctica como forma de transgresión; para él, la forma dialéctica es fundamental dentro de su “sistema del no-sistema”; esto se lo puede hallar en las argumentaciones que da para hablar de la transgresión en el erotismo, cuando retoma la categoría hegeliana del *Aufheben*, como la única capaz de captar la esencia de su propuesta en términos de destrucción y conservación. En una nota al pie en su libro *El Erotismo*, defiende el uso de tal categoría, cuando afirma que la transgresión no suprime lo prohibido; “la transgresión difiere del ‘retorno a la naturaleza’ en tanto que levanta la prohibición sin suprimirla” (12). Y, en la nota al pie, dice: “Creo inútil insistir sobre el carácter hegeliano de esta operación, que responde al momento de la *dialéctica* expresado por el verbo alemán, por otra parte intraducible, *aufheben* (sobrepasar manteniendo)” (13). Como vemos

Bataille recupera el pensamiento dialéctico, lo pone en práctica como forma de transgresión

aquí, es perfectamente notoria la importancia que da al pensamiento dialéctico. Lo que aparece como paradójico es el constante ir y venir en el borde del umbral, al que habíamos hecho referencia ¿Cómo se puede combinar el gran salto dialéctico, en términos de revolución, con el retorno que plantea Nietzsche? Bataille encuentra que el retorno no debe darse hacia los principios, hacia los primeros momentos, como un absoluto (14); por el contrario, él cree que regresar a ver aquellos momentos cuando el sacrificio religioso estaba vinculado con el erotismo (en especial dentro de las culturas arcaicas), a aquellos momentos donde la muerte se vivía como fundamento de la sacralidad, que se manifiesta en la violencia cuasi natural, debe hacerse sin dejar de lado la razón; la razón que se debe olvidar es la que trabaja en función de la productividad, pero se la debe olvidar no suprimiéndola, sino llevándola a su umbral con la no-razón, a aquel lugar donde el conocimiento, el saber, cesan, y se convierten en un no-saber; la gran pregunta del moribundo del poema de Mallarmé, en su final, demuestra cómo esa línea suspensa conjuga al saber en su límite con el no-saber. Bataille ha combinado el retorno y el gran salto de la trascendencia dialéctica.

El hombre se halla en el deber de acercarse a éstos límites, de franquearlos y romperlos, de experimentar, lo que la vida entregada a la producción de cosas útiles lo relega, a ponerse en juego, a develar una

condición de la que nos encontramos separados, amurallados, tapados los ojos hacia los bordes, como caballos, sólo el frente como posibilidad de un futuro de acumulación de riqueza, de bienes útiles. No se nos es permitido ver el instante que el erotismo y su *derroche* de energías nos presenta: es necesario el desgaste, la *consumición* (15), la exuberancia del gasto, la destrucción de aquel futuro por el goce de lo inmediato, aquel inmediato que se presenta como la *petite mort* (16), el momento en el que los seres separados se unen y de cierta forma alcanzan como un destello efímero la completitud, la unión absoluta del abrazo al ser amado, en

el momento de la penetración y de la conjunción en el goce, en el orgasmo, en el momento del temblor de los seres, que en éste movimiento intenso a la vez se fragmentan, se abren. "Debemos, en primer lugar, transgredir las prohibiciones, el respeto cerrado, a las cuales se une a la trascendencia divina, a la humillación infinita del hombre (sic)" (17), sólo allí se desconfigura el orden natural de las cosas, como con la risa que tiembla o el llanto desesperado.

LA RISA Y LAS LÁGRIMAS

La frialdad del rostro a pesar de ser el punto más alto de la posición erecta que nos caracteriza a los seres humanos, se emparenta con una posible contradicción: la risa que la misma es capaz de demostrar. Una risa que deja de lado la frialdad misma del rostro reflexivo del filósofo, que ahuyenta "la risa como orgasmo del rostro", que aleja el rubor que produce la gran carcajada y que es el fiel sinónimo del rubor que produce la vergüenza ante el sexo o ante los cadáveres. Así, la seriedad del pensamiento se ve fragmentada con la risa, la risa que es el juego, el juego de los movimientos espasmódicos acaso del orgasmo, acaso de la muerte, más precisamente de la *petite mort*.

El cuadro del pintor Hans Baldung Grien: *La mujer y el filósofo* (1515), acaso no delinea, o mejor no rompe la línea cuando se ve en la imagen que lo único que puede producir es una gran carcajada, a una mujer que cabalga sobre las espaldas de un filósofo (ambos desnudos) que camina en cuatro, mientras que con una mano, la mujer de formas exuberantes y voluptuosas, coge el cabello largo del hombre cual caballo; con la otra, en disimulo violento, pretende mancillar aquel lugar de las excrecencias, aquel lugar que se dibuja cual ojo, intentado penetrarlo con una daga. La naturaleza es el marco propicio para el hecho de violencia dolorosa y de dicha escanda-

losa. El pensamiento se arrastra por el mismo objeto que pretende ser pensado, el pensamiento se ve dislocado por lo que lo produce: el pensar se ríe de sí mismo y se enajena, se aloca, se sale de quicio: *The time is out of joint*.

Y es que "[h]ay en la muerte una indecencia, distinta, sin duda alguna, de aquello que la actividad sexual tiene de incongruente. La

muerte se asocia a las lágrimas, del mismo modo que en ocasiones al deseo sexual se asocia la risa; pero la risa no es, en la medida en que parece serlo, lo opuesto a las lágrimas: tanto el objeto de la risa como el de las lágrimas se relaciona siempre con un tipo de violencia que interrumpe el curso regular, el curso habitual de las cosas. Las lágrimas se vinculan por lo común a acontecimientos inesperados que nos sumen en la desolación, pero por otra parte un desenlace feliz e inesperado nos conmueve hasta el punto de

hacernos llorar. Evidentemente, el torbellino sexual nos hace llorar, pero siempre nos turba, en ocasiones nos trastorna y una de dos: o nos hace reír o nos envuelve en la violencia del abrazo" (18). La paradoja de las lágrimas felices toma cuerpo. ¿Cómo puede existir una sensación, una emoción que nos envuelva en la risa y a la vez en el llanto? El *milagro*, de lo que Goethe llama: "Una imposibilidad que de pronto se hace realidad", tanto de la muerte, a la que él define así, como del saber que alguien que debió morir, no ha muerto, nos embargan en esta dicha, que a la vez puede ser desdicha, pero que sin embargo producen las mismas expresiones. Las lágrimas felices son la paradoja de algo imposible pero cierto, de lo que de mejor manera define el sentimiento de lo milagroso. Padecer de desdicha o de dicha, las lágrimas como efecto de una sensación que irrumpe en el orden de lo cotidiano y lo vuelve NADA, que al mismo pensamiento lo difumina. "Así ocurre cuando lloramos, cuando sollozamos, cuando reímos a carcaja-

La frialdad del rostro, a pesar de ser el punto más alto de la posición erecta que nos caracteriza a los seres humanos, se emparenta con una posible contradicción: la risa que la misma es capaz de demostrar

das. No es tanto que el movimiento de la risa o de las lágrimas, por sí mismo, detenga el pensamiento. En realidad, son el objeto o el objeto de las lágrimas los que quiebran el pensamiento, los que retiran de nosotros todo saber. La risa y las lágrimas se desencadenan en el vacío del pensamiento, que su objeto hizo en el espíritu" (19) ...y lo vuelve NADA. Este es el umbral entre la risa y el llanto, este es el umbral del milagro; lo que crea la risa y el llanto se encarga de disociar a él mismo, no hay posibilidad de saber en este no-saber que está en NADA, el acercarnos a él en la exterioridad de la risa o de las lágrimas, nos inducen a la interioridad de una experiencia, de un pensamiento que sabe lo que no sabe, es decir que sabe NADA. Ese es el saber reír o el saber llorar, un saber que linda con el no-saber y allí se perpetúa, en el instante que está entre la NADA, aquel instante que es lo único de lo que tenemos conciencia, y que es violencia y saber, ese era el saber de Sade, el que "era capaz de reír", como en una fiesta.

EL EROTISMO SAGRADO Y LA FIESTA

Lo "sagrado es siempre, más o menos, 'aquello a lo que no puede uno aproximarse sin morir'" (20), y la fiesta en sus sacrificios recalca la idea. La fiesta está impregnada de sacralidad, la fiesta de las comunidades primitivas, claro está, lo poco que nos queda de ella no pasa de ser un simulacro débil, de lo que éstas fechas de desenfreno significaban antes. Las fiestas eran los momentos en el que las comunidades volvían a la época del *Caos* inicial, a aquel *Caos* del cual se originó el mundo y junto con él el orden y la prohibición, antes del cual los dioses eran los únicos que existían. Este "período sagrado de la vida



Lo sagrado es siempre aquello a lo que no puede uno aproximarse sin morir y la fiesta, en sus sacrificios, recalca la idea

social es precisamente aquél en que las reglas se suspenden y se recomienda en cierto modo la licencia" (21). El desorden reina, el consumo y el gasto de los bienes, las riquezas se dilapidan en función de estos momentos que pueden durar semanas y hasta meses. Incluso se conoce que algunas tribus derrochan en exceso los alimentos de cuatro años. En otras, como las asentadas en las islas Sandwich, que estaban regidas por la figura sagrada del rey, al saber de la muerte de éste, se volcaban hacia actos que, cuando vivo, estaban prohibidos: se incendia, se mata, se saquea, se obliga a las mujeres a prostituirse públicamente. Lo que sucede es que "aquí la violencia es espontánea", no hay reprimendas, el orden diario del trabajo encuentra su soltura, en éste paso de lo profano hacia lo sagrado. Es el momento del sacrificio en pos de la creación de dioses, de la recreación, del renacer del mundo, de la incorporación de los jóvenes en la sacralidad de la sociedad, para así renovarla.

La sexualidad no está exenta, como vimos, de estos juegos *Saturnales* en los que el incesto reina; todo orden y prohibición es transgredido. El erotismo cobra así forma en los momentos sacrificiales

en los que la sangre y la plétora que conlleva, mancha el régimen de las imposturas de los deberes que impone la vida en sociedad y en el trabajo. El erotismo está vinculado a esta suerte de regreso a la animalidad. Los hombres primitivos no sentían temor en volver, o en sentirse vinculados (e incluso procurar ser) con los animales. Por ello, en las fiestas las máscaras de los animales de adoración eran mostradas, y el mismo animal venerado podría ser hasta devorado. El erotismo es religioso en el sentido de volver a

aquella religiosidad de la transgresión de la fiesta, de la violencia de la animalidad; un regreso, empero, con el peso de una razón que es llevada al límite de sí misma, al borde de su muerte, que es lo que demanda la mayor fuerza, como dice Hegel: "La muerte es lo más terrible que hay, y mantener la obra de la muerte es lo que exige la mayor fuerza".

Hay un elemento necesario de considerar a la hora de entender el erotismo y su naturaleza sagrada: el de la discontinuidad que caracteriza al ser. En efecto, los hombres vivimos como seres diferenciados unos de los otros, incluso morimos aisladamente. Sin embargo, el hombre anhela el superar lo perecedero en la duración, en lo eterno. Desea sentir la continuidad primera que fue la que le dio vida, y solo es en la muerte que puede acceder a este sentimiento de continuidad, solo la muerte rompe la individualidad de lo discontinuo en la vida de los hombres, ya lo anunció Schlegel: "Tan sólo en el frenesí de la destrucción se revela el sentido de la creación divina. Tan sólo en el ámbito de la muerte resplandece la vida eterna". Sólo en el momento, en ese preciso instante de la unión del espermatozoide con el óvulo femenino, el ser ha perdido su individualidad discontinua y se ha conjugado con otro, mas éste elemento es pasajero, el nuevo ser se forma y su naturaleza es la de la discontinuidad (será diferente incluso de quienes lo engendraron). La



diferenciación de los individuos aislados es como un abismo que se abre en el momento de la transgresión; en ese preciso momento se muestran, como en la fiesta, que es el momento de la *Gran abertura* del tiempo y del espacio. Esta gran abertura provoca la angustia, la angustia al vacío, a la nada. "El papel de la angustia es siempre el mismo: la mayor angustia, la angustia hasta la muerte, es lo que los hombres desean para poder encontrar, más allá de la muerte y de la ruina, la superación de dicha angustia. Esta superación tan sólo es posible cuando la angustia se corresponde con la

sensibilidad que lo atrae [*es decir, con la de su superación*]. Hasta el límite de lo posible, la angustia es querida incluso en el sacrificio; pe-

ro cuando se alcanza los límites se produce un rechazo inevitable." (22)

En los tres tipos de erotismo que plantea Bataille se encuentra esta angustia. En el erotismo de los cuerpos, la unión en la carne, cuando la cópula, se ve afincada en la duración, primero de la apertura del ser que se establece en la desnudez. La desnudez que revela ese estado oculto y lo abre en la comunicación a través de los orificios excremenciales; y segundo en el instante de la *petite mort*. Esta unión en la continuidad se rompe, para así reafirmar la discontinuidad, en el momento de la separación de los cuerpos: cada uno se aísla nuevamente en su individualidad diferenciada. En el erotismo de los corazones, es la pasión la que provoca la anulación de la discontinuidad en la figura del ser amado. La continuidad del ser total sólo es posible por y en el ser amado, nada es posible sin él. Sólo por él, el mundo se me muestra inteligible, se transparenta, se abre el ser. Es el átopos (23). La muerte atraviesa también este movimiento apasionado: sin ese ser yo muero, por ese ser sería capaz de matar. Se plantea una suerte de egoísmo: el ser amado *me* es fundamental, el movimiento de conjunción en el nivel de la muerte y de la completitud sería roto a su vez por este absurdo, pero "nada hay de absurdo en la verdad del amor, donde el ser amado equivale -desde luego únicamente para el amante, pero eso no importa- a la verdad del ser." (24) Lo que se busca es la continuidad del ser individualizado en su discontinuidad (25), y "[l]o sagrado es, justamente, la verdad del ser revelada a los que fijan su atención en un rito solemne, sobre la muerte de un ser discontinuo", esa es la experiencia religiosa, que se revela como experiencia interior; el sacrificio en la muerte en un "rito solemne", de un ser exterior, se me presenta como interior, como propia, ya que "[n]adie puede tomarle a otro su morir ...[l]a muerte es en la medida en que 'es', esencialmente en cada caso la mía." (26) Esta es la muerte del sacrificio sagrado de la fiesta, en la que la sociedad se rejuvenece, en ese sentido religioso fuera del cristianismo, que es la religión menos religiosa, la que omite la transgresión y la condena. El erotismo religioso es el sacrificio, es el misticismo. "En efecto, lo que revela la experiencia mística es una ausencia de objeto. El objeto se identifica con la discontinuidad, y la experiencia mística introduce en nosotros el sentimiento de la conti-

nidad –en la medida en que poseemos la fuerza para efectuar una ruptura de nuestra discontinuidad-, introducción que se realiza por medios diferentes a los utilizados por el erotismo de los cuerpos o el erotismo de los corazones, o que, para decirlo más exactamente, prescinde de algunos medios que no dependen de la voluntad". "El erotismo sagrado, que se da en la experiencia mística, únicamente exige que nada perturbe al sujeto." (27)

EL OJO INTERIOR

*Si quieres que tu ojo y tus sentidos
no se agoten
camina cara al sol, aún en la sombra*

Friedrich Nietzsche (El Gay Saber)

En uno de sus ensayos literarios más bellos (*El ano solar*), Bataille define al mundo como una parodia (palabra bella, analogía estética), todo es parodia de todo: así como el plomo es la parodia del oro, el coito es la parodia del crimen. Entonces Bataille parodia: hay dos movimientos que se presentan esenciales en el mundo. El primero es el de rotación. Este movimiento provoca que en el interior todo se mueva acompasadamente: el movimiento sexual. Este segundo movimiento en la cópula, es generado, pero a su vez es el generador, "como lo que resulta es también la causa de lo que lo provoca", "los animales y los hombres hacen girar la tierra copulando." (28)

El hombre yace cuando ama o cuando muere, pero se levanta violentamente como de una tumba:

Más allá de mi muerte
un día
la tierra gira en el cielo

estoy muerto
y las tinieblas
sin cesar se alteran con el día

cerrado está para mí el universo
en él permanezco ciego
semejante a la nada

la nada no es sino yo mismo
el universo no es sino mi tumba
el sol no es sino la muerte

mis ojos son el ciego rayo
mi corazón es el cielo
donde estalla la tormenta

en mí mismo
al fondo de un abismo
el universo inmenso es la muerte

soy la fiebre
el deseo
soy la sed

el gozo me despoja del vestido
y el vino que hace reírse
de no estar ya vestido

en una copa de ginebra
una noche de fiesta
las estrellas caen del cielo

trago el rayo a largos sorbos
voy a reírme a carcajadas
con el rayo en el corazón (29)

...este levantarse continuo del hombre es como una cópula con el cielo que es una gran vagina. De igual forma lo hacen las plantas y los árboles en su dirección erecta hacia el cielo, lo mancillan, lo abren. Transgreden su orden copular y caen de nuevo a la tierra el hombre, los árboles y las plantas, y la tierra se masturba. La tierra transgrede el orden celeste del cielo en sus movimientos telúricos. Pero la obscuridad de la noche es violentada por el gran falo, o rayo solar. El sol copula con la noche. Pero, a su vez, el sol es un gran ano, el cielo ya no es vaginal (rajadura absoluta), sino es un culo (rajadura con orificio). El sol es un ojo, el ano es un ojo: el ano solar, "al cual nada tan cegador puede compararse, con la excepción del sol, aunque el ano sea la noche." (30)

Para los antiguos el águila era el símbolo del sol, ya que era el ser que podía mirarlo de frente. En contraposición a la postura vertical, erecta, como un pene erecto, que asume el hombre en su proceso evolutivo, que lo hacía aparecer como el ser que *asciende*, la mirada lo trastoca todo, ya que ella se encuentra fijada en lo horizontal. El hombre no puede ver de frente al sol, cara a cara.

De igual forma, en el proceso de conformación del *homo erectus*, lo que aparecía antes evidenciado, por ejemplo en los gorilas, era su orificio anal: protuberancia rosa, ex-

puesta, abierta. En el caso del hombre, este orificio ha sido ocultado por las carnes. "No hay niño que no haya admirado alguna vez, en los jardines zoológicos, esas impúdicas protuberancias, especie de cráneos excrementicios de colores deslumbrantes, a veces tornasolados, de un rosa vivo a un violeta nacarado extraordinariamente horrible. Es posible que un cierto potencial de esplendor y de deslumbramiento propio de la naturaleza animal y generalmente derivado hacia la cabeza (el orificio bucal), tanto en el hombre como en los demás animales, se haya derivado en los monos hacia la extremidad opuesta, es decir hacia el orificio anal. Esta horrorosa anomalía podría incluso representarse de una manera bastante lógica como el índice de una naturaleza desequilibrada (donde la posición horizontal común representaría el estado de equilibrio)." (31) El hombre sufre el proceso de autoimitación, del que habla Morris, de la parte que éste oculta y la descubre en su rostro: la boca es el ano.

En la parte superior de nuestro cráneo se encuentra una glándula, llamada el *ojo pineal*. Este gran ojo sería la explosión volcánica del hombre hacia arriba, éste sería el ojo con que el hombre vería al sol de frente, demostrando así la identidad con él. El cráneo se abre y el ojo recibe el gran rayo de luz, el falo que mancilla el punto que es la eclosión de la exuberancia y del destello mágico del ser que se alza, como el águila, y se enfrenta a la obscuridad destellante del gran ano, del gran ojo. El éxtasis se apodera del hombre, el ojo pineal ve de frente al sol, mientras la mirada horizontal de sus ojos, se pierde en un blanqueamiento, cuando el iris de los ojos, ve a su vez hacia arriba; tan hacia arriba que su mirada es blanca, como la mirada de un muerto, como la mirada exta-

siada, como los testículos despellejados de un toro sacrificado. El ojo pineal se abre y se muestra, se deslinda del ocultamiento de su "cráneo excrementicio", es el ano que se muestra al sol falo, al sol ano, al ano solar.

"El ojo situado en el medio de la parte superior del cráneo, y que, para contemplarlo en una soledad siniestra, se abre sobre el sol incandescente, no es un producto del entendimiento, sino más bien una existencia inmediata: se abre y se cierra como una consumación o como una fiebre que devora al ser, o, más exactamente, la cabeza, en lugar de encerrar la vida como se guarda el dinero en un cofre, la gasta sin cuento y obtiene como resultado de ésta metamorfosis erótica el *poder eléctrico de las puntas*." (32)

El ojo es el eje de una estabilidad inestable, el ojo ordena el mundo de los objetos, pero los desubica en la eclosión del espasmo erótico, el ojo es una piel, una piel extraña a la misma sensación del goce, mas "[c]uando la piel es acariciada por el ojo se produce una dulzura exorbitante, aumentada por la horrible y extraña sensación del grito de gallo." (33) El ojo se abre y con él se abre el grito que se traga a sí mismo, el grito del ojo, es el grito desesperado del "ojo de la conciencia". En la abertura el hombre se transparenta en sus formas más degradantes, las más humanas, y es a través de ellas que él *habla*.



EL LENGUAJE DEL SILENTE

Quizá la estructura de este ensayo en su sintaxis, muestre repentinas variaciones del tono, incluso de la linealidad del orden del texto. He procurado, tal vez con trabajo de criba, o quizá con la pretensión risible de un *payaso que imita*, provocar las sensaciones que Bataille las hace evidentes en sus escri-

tos. Y es que el lenguaje de Bataille transgrede el orden del discurso, revela un otro decir, que no es el decir del místico, que tampoco es el decir del filósofo, es simplemente su decir.

En la NADA, en el enfrentamiento a este abismo, el lenguaje se dispersa, rompe sus propios límites. El lenguaje de la sexualidad encuentra sus límites, Bataille lo ha llevado a aquellos sitios. "No hemos liberado la sexualidad, sino que, exactamente, la hemos llevado al límite: límite de nuestra conciencia, puesto que dicta finalmente la única lectura posible, para nuestra conciencia, de nuestra inconciencia; límite de la ley, puesto que aparece como el único contenido absolutamente universal de lo prohibido; límite de nuestro lenguaje: ella dibuja la línea de espuma de lo que él apenas en el último momento puede alcanzar en la arena del silencio." (34)

¿Cómo transgredir al lenguaje? Sería haciéndolo decir lo que antes él mismo no decía, diciendo su no decir. Bataille lo hace. Sin embargo, el lenguaje ¿cómo puede ser roto, superado, llevado a sus límites, a su muerte, a su no? No hay forma precisa. La conjunción de un lenguaje de la experiencia interior, con el lenguaje del mundo de los objetos, del mundo del orden, sea tal vez la forma, pero donde plasma el desorden. Bataille plasma aquel desorden en la fragmentariedad de su decir, no es el orden de la rigurosidad filosófica, empero cuando tiene que reflexionar desde ese lenguaje lo hace con lucidez. Pero hay un algo más. ¿Qué le sucede al lenguaje cuando es llevado al borde del abismo, cuando la sensación de asfixia y de ahogo en el vértigo de la caída se muestran? El frenesí del arrastrarse hacia los bordes del umbral del lenguaje le hace decir a Bataille: ...su no-decir, su silencio. El lenguaje en el abismo, en la nada, es silencio, quién habla es el silencio. "En la unidad, el objeto de las efusiones contradictorias se resuelve en NADA y el silencio reina" (35). La única forma de romper con el lenguaje, es callando, es abismando la capacidad de pronunciar ruidos, allanando la misma cópula entre palabra y palabra, entre frase y frase. En los estertores del movimiento espasmódico del extático, lo transgredido se da en la forma del vacío, del vacío entre le-

tra y letra, entre sílaba y sílaba, entre palabra y palabra, entre la nada, en ese instante, ese instante que está entre dos nada (Bachelard), la nada de un antes y la de un después (del pronunciar). El extático, es el estático extasiado, quieto en el instante, móvil en él, quieto y destructor, limitado y transgresor. ¿Cómo hablar en la NADA? No hablar, o mejor hablar NADA, silencio, momento del juego, no de los signos, sino de los ruidos: ruidos silenciosos. NADA.

A LA SUERTE DE NIETZSCHE

Bataille es un nietzscheano por antonomasia, todo su lenguaje está inundado de las experiencias reflexivas del "discípulo" de Dionisio. El ha entablado una relación "con su sangre", con el que escribió con la suya. En la reflexión batailleana, hay que rescatar dos momentos importantes, tanto en Nietzsche como en Bataille. Estos dos momentos son: por un lado, el de la fragmentariedad del hombre, y por otro, el de la comunicación en el mal.

El hombre es un ser fragmentado, habría que hacer una suma, una síntesis de ellos para poder formar uno solo. Esta fragmentación tiene su base fundamental en la acción dispuesta a fines

con la que los hombres actúan. Toda acción por sí misma fragmenta, disuelve la totalidad, "la actividad, al subordinar cada uno de nuestros instantes a cierto resultado preciso, borra el carácter total del ser. Quien actúa sustituye esa razón de ser que es él mismo como totalidad por tal fin particular, en los casos menos especiales, la grandeza de un Estado, el triunfo de un partido. Toda acción especializa, dado que toda acción es limitada" (36). La forma de alcanzar la totalidad es superando la acción con objetivos determinados, y toda acción se los plantea. La totalidad es la libertad en práctica, no la lucha por ella, toda lucha por la libertad está condenada a la acción. "Es el ejercicio positivo de la libertad, no la lucha negativa contra una opresión en particular, lo que me elevará por encima de una existencia mutilada. Cada uno de nosotros aprende amargamente que luchar por su libertad es, en primer lugar,

Bataille define al mundo como una parodia, todo es parodia de todo: así como el plomo es la parodia del oro, el coito lo es del crimen

con la que los hombres actúan. Toda acción por sí misma fragmenta, disuelve la totalidad, "la actividad, al subordinar cada uno de nuestros instantes a cierto resultado preciso, borra el carácter total del ser. Quien actúa sustituye esa razón de ser que es él mismo como totalidad por tal fin particular, en los casos menos especiales, la grandeza de un Estado, el triunfo de un partido. Toda acción especializa, dado que toda acción es limitada" (36). La forma de alcanzar la totalidad es superando la acción con objetivos determinados, y toda acción se los plantea. La totalidad es la libertad en práctica, no la lucha por ella, toda lucha por la libertad está condenada a la acción. "Es el ejercicio positivo de la libertad, no la lucha negativa contra una opresión en particular, lo que me elevará por encima de una existencia mutilada. Cada uno de nosotros aprende amargamente que luchar por su libertad es, en primer lugar,

alienarse.” (37)

La totalidad es el gasto, es el derroche, es el don a alguien que no lo demande, que no lo solicite, un donar sin límites. La exuberancia del gasto en el instante que no está subordinado a taras acumulativas, a formas mejores en el futuro, es el instante por el instante.

Este instante, el de la totalidad del ser, está atravesado ineluctablemente por el trabajo, acción a fines, pero no en su forma reducida y fragmentada hacia un fin, sino donada en su rol de cambio, el trabajo modifica, transforma, no como actividad determinada, sino como tarea constante del *hombre-atareado-en-la-tarea-de-cambiar-el-mundo*. Ahí está la totalidad en el ejercicio de la libertad, ejercicio que no depende de ningún destino, sino del lanzamiento de los dados y “un golpe de dados jamás abolirá el azar” (Mallarmé), una totalidad que está en la puesta en juego, en la suerte. Nadie sabe que nos depara la gran caída en el abismo, su simple sensación requiere de suerte, el albur del gesto de quien se arriesga a derrochar, a perder. No hay razón que lo limite, el juego de la totalidad es el sinsentido, y el *sinsentido* rompe el límite del sentido, lo vuelve loco, en su suerte, lo envuelve en el albur del alba, incluso en un primer momento del lanzamiento de los dados, en la expresión corporal tensa y abierta de las manos que los arrojan, en el *ocaso*.

La totalidad está, sin embargo, en la cumbre.

“La cumbre responde al exceso, a la exuberancia de las fuerzas. Lleva a su máximo la intensidad trágica. Se conecta con los gastos de energía sin tasa, con la violación de la integridad de los seres, luego está más próxima del mal que del bien.”

“El *ocaso* —que responde a los momentos de agotamiento, de fatiga— concede todo el valor al cuidado de conservar y enriquecer al ser. De él provienen las reglas morales” (38) ...y la moral es cansancio.

Es necesario el comunicarnos en la cumbre, en los excesos, en definitiva en el mal.

Dios se comunicó de esta forma con el

hombre. La necesidad de comunicarse con él, hizo que Dios trajera a su hijo, pero lo ha traído para que este sea castigado, para que su sangre se nos muestre, para ser mancillado. Dios se comunica con los hombres a través de sus heridas. Dios se comunica con los hombres en el mal. Los hombres también lo hacemos, nos comunicamos por nuestras heridas, por aquellos lugares donde la sangre y la muerte se unen en el desecho de los excrementos, ese es el punto de comunicación de los seres, un punto que se halla afuera de sí mismo, en el exterior, en donde él se pone en juego.

El ser no puede solo encerrarse en sí mismo, al que la nada provoca. “Si no se comunica, un ser separado se marchita, se depaupera y siente (oscuramente) que solo, él no es. Esa nada interior sin salida, sin atractivo, le repele, sucumbe al malestar del hastío y el

hastío, de la nada interior, le remite a la nada exterior, a la angustia.” ...“en la tentación, esa nada exterior aparece como respuesta a esa sed de comunicar.” “El ser en la tentación se encuentra, si puedo atreverme a decirlo así, triturado por la doble tenaza de la nada. Si no se comunica, se aniquila —en ese vacío que es la vida que se aísla. Si quiere comunicarse, se arriesga igualmente a perderse” (39). Esa es la doble comunicación, que se establece en el interregno del mal, el mal es su límite, el mal es

Bataille es un nietzscheano por antonomasia, todo su lenguaje está inundado de las experiencias reflexivas del “discípulo” de Dionisio

su umbral.

LA POSMODERNIDAD: FIN DE LO PROHIBIDO Y PROFANIZACIÓN

Me parece necesario establecer un estado de la transgresión en la actualidad, ya que es ella la que se nos presenta como el escenario más inmediato en el que nos desenvolvemos, y en el que de una forma u otra la “realidad” nos es próxima, por lo menos así lo creemos.

Dentro del actual debate sobre modernidad y posmodernidad me parece oportuno situar al pensamiento de Bataille. Hablar de su olvido o de su recuperación. El olvido de quienes ven en él (muchos ni siquiera lo han

vuelto a ver) la revolución y la transgresión en la violencia de las formas; otros, que han retomado su pensamiento, ya que es oportuno en una realidad tan dispersa, hacerse eco de un pensamiento fragmentado.

La posmodernidad modela el nuevo estado de las sociedades, la posmodernidad diseña los nuevos estatutos de conocimiento, la posmodernidad delinea la percepción artística, la posmodernidad es una época. El que digamos que el mundo posmoderno es el que nos envuelve, no nos hace reconocernos en él, para mí es el mundo de lo ajeno, el mundo borroso de una "realidad" presentada como clara; sin dejarnos preguntar siquiera si esa es la "realidad", si aquella es la "verdad". La "verdad" se impone en los consensos de los que no tienen opciones frente a esa "única verdad", la "verdad" ha revelado que no es posible moldear mentiras en ella, ella sola existe, ella sola se impone; se impone de una forma tal, que no es impuesta, sino es aceptada. No hay rechazo, no hay que rechazar, el poder, lo prohibido, no se nos presentan claros, estos más bien han asumido el rostro sin rostro de quien no ejerce el poder, sino de quién lo administra. El poder no es el rostro claro de quién manda, o gobierna, sino del que sede y complace, del que rompe los antagonismos y los vuelve meras diferencias. El mundo actual ofrece la diferenciación, el mundo actual no ofrece espacios, sino sólo para el ser discontinuo; esa es la expectativa mayor, fragmentar más al ser, difuminarlo, no dar espacios de acción a contrapoderes, no dar instantes de acoplamiento de la continuidad, ella se ha perdido.

El mundo posmoderno ha roto los límites. No, no los ha roto, los ha ocultado en la "realidad". Sino no hay límites, sino hay prohibiciones, no hay qué transgredir. Parecería ser que el espacio del pensamiento de Bataille no está en el mundo actual, la capacidad del poder de atender las menores demandas y ha-



cer de ellas jurisprudencia, lo ha hecho verse como el endeble inexistente.

Incluso la filosofía no puede cumplir su misión. Bobbio definía a la filosofía como el intento del pez de salir de la red. Pero ahora no hay que salir de la red, hay que entrar en ella y saberse desenvolver, no hay por qué romperla, ella nos ofrece las condiciones necesarias para aplicar esta ética del buen vivir, ética del bien.

La ausencia del límite, o por lo menos el intento de hacerlo, ha hecho que la sociedad entre en su etapa de profanización, todo es profano. El mundo de lo cotidiano nos absorbe, todo es cotidiano: el arte, la política. Estos, como formas de inmanencia de lo cotidiano, han perdido sentido. Todos somos los actores, todo es un escenario. El poder no está sobre, está en nosotros. Ya no es tiempo ni para Nietzsche, dirán. Mejor dicho es su tiempo, el tiempo en el que el último hombre tiene el poder. Tiene el poder, pero no el poder del Super Hombre,

sino del último, ese es el poder de lo cotidiano, el poder del no poder. Esto, sin más, quiere decir que el poder está ahí, hay que verlo, hay que mostrar que no ha perdido el rostro, sino que ahora tiene múltiples. El poder está ahí, y es el momento de la transgresión de él, y de su prohibición mayor: el mostrar sus mil caras, su lógica perversa, diría Foucault. Es el momento de romper, de llevar a los límites a todos esos rostros, hay más espacio para la transgresión, para la revolución de los poderes, es necesario no cegarse por la "realidad", es necesario abrir el ojo pineal, mostrar las excrecencias, el mal, lo podrido, lo putrefacto, es el momento del sujeto soberano, el sujeto del derroche de las energías. Ahora que hay más energías, hay más que derrochar, que dilapidar, es la hora del instante de la ruptura, de recuperar la prohibición de la sexualidad y alejarla de aquella seducción leve y volverla erótica. Es la hora de Bataille, es la hora de la transgresión. "Qui-

zás aparezca [la experiencia de la transgresión] tan decisiva para nuestra cultura, tan enterrada en el suelo, como lo ha sido hasta hace poco, para el pensamiento dialéctico, la experiencia de la contradicción. Pero, a pesar de tantos signos dispersos, el lenguaje donde la transgresión encontrará su espacio

NOTAS:

1.- Bataille, Georges, *Las Lágrimas de Eros*, Ed. Tusquets, Barcelona, 1997, p. 53.

2.- "Sin duda su error, dice Bataille al referirse a Sade, estuvo en el imaginar que podemos tratar a los otros a nuestro antojo, como exteriores a nosotros, de tal manera que solo puedan contar para nosotros de forma absurda, o por el miedo que les tenemos, o por el beneficio que de ellos esperamos. Así podríamos matar o torturar a esos otros, que no son nada para nosotros, siempre que esto implicara un placer" ...y continúa: "el ser no es nunca yo solo, es siempre yo y mis semejantes", en Bataille, Georges, *Lo que entiendo por soberanía*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996, p. 110. El subrayado es del autor.

3 "Del hospital cansado y del fétido incienso/que asciende en la blancura vulgar de las cortinas,/al Santo Cristo magro de un gran clavo suspenso/ el moribundo vuelve las espaldas en ruinas;/ se arrastra y anda, y, menos para escaldar su podre/ que para ver el sol sobre la piedras, pega/ sus pelos blancos y su pelleja de odre/ a la ventanas que una luz clara anega./ Y la boca febril y el azul voraz -como cuando, de joven aspiró su tesoro,/ una piel virginal, de otro tiempo- el agraz/ de un largo beso amargo pone en los vidrios de oro./ Ebrio vive; olvidando la cruz, los óleos santos,/ el reloj, las tisanas, el lecho obligatorio,/ la tos... y cuando sangra la tarde, en amarantos/ sus ojos de los cielos en el rojo cimborio,/ ven galeras doradas como cisnes esbeltas,/ dormir sobre unas rías de púrpura y de armiños,/ meciendo el iris de sus líneas desenvueltas/ en un gran abandono cargado de cariños./ Así, con asco de los hombres de alma dura,/hundidos en el goce, donde sus apetitos/ se sacian, y que amansan esta horrible basura/ para darla a sus hembras y a sus hijos ahítos/ me escapo y voy buscando todos los ventanales/ desde donde la espalda se da al mundo y, bendito/ en su vidrio, que lavan rocíos eternos,/ que dora la mañana casta del Infinito,/ me contemplo y me veo ángel, y muero, y quiero -sea el arte aquel vidrio o sea el misticismo-/ renacer coronado

y su ser iluminado está casi enteramente por nacer." (40) Creo que es el momento de hacernos de la continuidad para el renacimiento de la transgresión. Creo que es la hora de una gran RISA.

del sueño de mí mismo,/ al cielo anterior, de Belleza manadero./ Pero ¡ay! que el Aquí-abajo es dueño; su crueldad/ en los propios umbrales de la luz me atosiga,/ y el vómito hediondo de la Bestialidad/ a taparme allí mismo las narices me obliga./ ¿No habrá manera -¡Oh Yo, que en dolor te consumes!- de romper el cristal que aumenta mi ansiedad,/ y de escaparme con mis dos alas implumes,/ a riesgo de caer toda la eternidad." S. Mallarmé, *Antología*, Ed. Visor de Poesía, Madrid, 1991, p. 30. El subrayado es mío. He decidido escoger esta traducción hecha por Eduardo Marquina, por ser la que mejor se aproxima al sentimiento que quiero resaltar. Existe otra traducción de Ricardo Silva-Santisteban, en *Stéphane Mallarmé: Obra poética I*, Ed. Hiperión, Madrid, 1994.

4 Bataille, Georges, *Las Lágrimas de Eros*, p. 37. El subrayado es mío.

5 Bataille trabaja estos conceptos estructurando su método, que "tiene por consecuencia un desorden intolerable", en su libro *Sobre Nietzsche: Voluntad de Suerte*, Ed. Taurus, Madrid, 1989. El subrayado es del autor.

6 Foucault, Michel, *Prefacio a la transgresión*, en *De lenguaje y literatura*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996, p. 127.

7 Para un análisis más detallado sobre el tema ver los ensayos reunidos en el libro *El desorden de Dios: Ensayos sobre Georges Bataille*, de Ignacio Díaz de la Serna, en Ed. Taurus, México, 1997.

8 Bataille, Georges, *Madame Edwarda*, Ed. Premia, Puebla, 1985, p. 44.

9 Op. Cit., p. 57.

10 Op. Cit., p. 128.

11 Op. Cit., p. 130. Tanto este, como el subrayado de la cita anterior, los he hecho yo.

12 Bataille, Georges, *El Erotismo*, Ed. Mateu, Barcelona, 1971, p. 44. El subrayado es del propio autor.

13 Idem.

14 Sobre la posición de Bataille con respecto a los planteamientos nietzscheanos volveremos más adelante.

15 Concepto que Bataille utiliza para el consumo ostentatario. Ver *La parte maldita*, Ed. Icaria,

Barcelona, 1987.

16 Expresión que Bataille utiliza para hablar del orgasmo.

17 Bataille, Georges, *El Culpable*, Ed. Taurus, Madrid, 1981, p. 29.

18 *Las Lágrimas de Eros...*, p. 52.

19 Bataille, Georges, *Lo que entiendo por soberanía*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996, p. 60. Los subrayados son de Bataille.

20 Caillois, Roger, *El hombre y lo sagrado*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 13.

21 *Op. Cit.*, p. 113.

22 *El Erotismo...*, p. 111. El subrayado es mío.

23 Esta noción es trabajada por Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*, Ed. Siglo XXI, México, 1996.

24 *El Erotismo...*, p. 27.

25 *Op. Cit.*, p. 28.

26 Heidegger, Martin, *El Ser y el Tiempo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993, p. 262.

27 *El Erotismo...*, p. 29.

28 Bataille, Georges, *El año solar*, en *El Ojo Pineal*, Ed. Pre-Textos, Valencia, 1997, p. 16.

29 *La Tumba parte IV*, en Bataille, Georges, *Lo Arcangélico y otros poemas*, Ed. Visor de Poesía, Madrid, 1982, pags. 25 y 26. El subrayado es mío

30 *El año solar...*, p. 23. El subrayado es de Bataille.

31 *Dossier de El Ojo Pineal*, en *El Ojo Pineal...*, p. 48. El subrayado es mío.

32 *Op. Cit.* p. 61. El subrayado es del autor

33 Bataille, Georges, *Historia del Ojo*, Ed. Coyacán, México, 1994.

34 *Prefacio a la transgresión...*, p. 123. El subrayado es mío.

35 *Lo que entiendo por soberanía...*, p. 92. El subrayado es de Bataille.

36 *Sobre Nietzsche: Voluntad de suerte...*, p.19.

37 *Op. Cit.* p. 20.

38 *Op. Cit.* p. 48.

39 *Op. Cit.* p. 53.

40 *Prefacio a la transgresión...*, p. 127.